

Paco Álvarez

ROMANOS
DE
AQUÍ

Historias estupendas de los romanos
nacidos en Hispania

la esfera  de los libros

Índice

<i>Pretexto</i>	11
I. HISPANIA, EN EL FIN DEL MUNDO	15
II. Y AL PRINCIPIO FUE CÁDIZ	35
III. ESTOS QUE VES... ..	51
IV. LOS CORDOBESES	71
V. ¿ALUCIO? ¿QUIÉN ES ALUCIO?	95
VI. LA HISPANIA PROFUNDA. SEGOVIA, CAUCA Y TEODOSIO	113
VII. QUINTILIANO Y MARCIAL	133
VIII. TARRACONENSIS	153
IX. GALLEGOS Y LUSITANOS, PRIMOS HERMANOS	173
X. LOS ROMANOS DE AQUÍ, DESPUÉS DE ROMA	195
XI. ¿ESTO ES TODO, AMIGOS?	213
<i>Bibliografía</i>	223
<i>Índice onomástico</i>	229

Pretexto

En el siglo I se terminó la conquista del oeste, es decir, la conquista de Hispania. Nuestra península, la tierra más al oeste del mundo (de momento) estaba pacificada y se encaminaba como otros muchos territorios, y ella la primera, por la senda de baldosas amarillas de la romanización, dispuesta a ser más romana que Roma. Para probarlo, un montón de hispanos de aquí, de romanos-hispanos, unos de los que antes eran bárbaros y salvajes, ocuparon la vanguardia, se convirtieron en los más grandes filósofos, oradores, humoristas, poetas, geógrafos, eruditos e incluso políticos del mundo conocido y dieron luz a uno de los momentos más felices de la humanidad. No porque lo diga yo, porque lo dice la Historia. Dos mil años después sus nombres son todavía conocidos para todo el mundo mundial excepto, sobre todo, por los españoles. Repito: son famosos dos mil años después. Sus obras siguen estudiándose *worldwide*, sus estatuas pueblan los museos, sus frases son hoy refranes, pero en la escuela se nos enseña muy poco sobre ellos, sobre estos romanos con mayúsculas, nacidos aquí, no sea que en un alarde de incorrección nos sintamos orgullosos de nuestro pasado común, porque si somos romanos, somos iguales, todos somos ciudadanos. Con los mismos derechos y deberes. Da igual que seamos rubios o morenos. Da igual que hayamos nacido aquí o allá. Da igual qué variante del español hablemos...

Si somos romanos, somos iguales ante la ley, ante nuestra ley. Los europeos no descendemos de etnias concretas ni tenemos una raza

privativa, por mucho que lo hayan dicho cuatro locos desde el siglo XIX. No somos celtas, ni iberos, ni magiares, ni pictos, ni catalanes, ni leches. Somos el producto de miles de años de guerras y mezclas, somos mestizos, mestizos orgullosos, unos más rubios que otros. Lo que tenemos como origen común, como civilización, es una institución, no un fenotipo, no una sangre, lo que tenemos en común, nuestra raíz es solo esa: que somos ciudadanos, porque nuestros ancestros romanos lo fueron. El origen común de los europeos es el derecho, romano, por supuesto. El entender y aceptar que nadie está por encima de la ley. El comprender que, como dijo Cicerón, somos esclavos de la ley para poder ser libres y que, nunca, ningún hombre libre puede permitir en su país un poder que se sitúe por encima de la ley.

Como dijo un romano de pro, hispano: las espadas se inventaron para que nadie fuera esclavo. No descendemos de razas superiores, descendemos de los ciudadanos romanos, y los ciudadanos romanos podían tener cualquier raza y nacer en cualquier sitio, como los de Bilbao. Era el derecho lo que les hacía iguales y, afortunadamente para nosotros, descendemos de las mismas leyes, de la misma justicia, de la misma democracia, de las mismas ideas que defienden al individuo, a la persona y a la sociedad de personas libres. Por eso ahora, aunque les pese a los nacionalistas y a los populistas, no es necesario tener una raza concreta para ser ciudadano europeo, para ser igual ante la misma ley.

Ciudadanos, como lo fueron Séneca, Adriano, Trajano y Teodosio, Lucano, Columela, Marcial, Quintiliano, Juvenco, Prudencio, Hidacio, los Balbos, la escritora viajera Egeria, Alucio, Dámaso, C. Julio Lacer, Osio de Córdoba... Son nombres de romanos de aquí, unos más desconocidos que otros, que todos los hispanos deberíamos conocer, ya que son la base de nuestra cultura romana y occidental.

No descendemos de tribus sedentarias y estáticas. Eso no existe en la realidad. Los pueblos se mezclan y evolucionan. Son dinámicos. El que se queda quieto no sale en la foto, desaparece. Nuestras naciones son creaciones artificiales y bárbaras implantadas con sangre y asco sobre el Imperio Romano que se desmembraba. A pesar de todo, la idea de Roma prevaleció y la seguimos buscando; en el Renacimiento, en la Ilustración, en la Declaración de los Derechos del Hombre, en la

lenta instauración y mejora de la democracia, hemos buscado siempre recuperar la romanidad.

¿Qué es la romanidad? En la Declaración de la Romanidad se dice: «Muchas de las actuales naciones de Europa, norte de África y Oriente Próximo no se entienden sin el hecho de que se asientan sobre lo que es la ecúmene romana». Sin ese pasado romano, tales países y tales gentes serían muy distintos o directamente no serían. Roma llegó también de nuestra mano a América y también está presente en Oceanía. Todavía hoy, junto con el Islam y la China, se puede decir que la civilización occidental, es decir, la romana, es una de las tres, solo tres, que hay en el mundo. Es nuestra labor elegir si queremos que nuestros hijos sean chinos o que nuestras hijas tengan prohibido andar en bici. Yo, francamente, prefiero ser romano, querido lector, y sé que tú también.

Para ser mejores romanos, tenemos que conocer mejor los ejemplos de los romanos de aquí que escribieron, vivieron y nacieron en nuestra tierra, hispanos orgullosos de ser romanos, personajes que todavía conocemos, tantos miles de años después. ¿Te atreverías a nombrar un solo contemporáneo cuya fama creas que perdurará dos mil años? Yo tampoco.

Tenemos unos cuantos buenos ejemplos. Personas de nuestra tierra, que ayudaron a conformar el mundo.

Ninguna cultura se ha extendido como la nuestra en la historia, en la geografía, en la distancia, como lo ha hecho la idea de Roma. Por eso todas las series, películas, libros, tebeos o lo que sea que nos hable de «cosas romanas», nos sigue atrayendo, porque habla de conceptos que son nuestros, de temas y problemas que nos resultan sumamente familiares. Pasa como cuando visitas Pompeya, que te parece haber estado allí antes. Mucho antes.

Roma asimiló culturas previas como el helenismo, se transformó de manera radical y, a su vez, se convirtió en catalizador y difusor por el mundo de esa cultura mestiza, llevándola mucho más allá de las riberas visitadas en sus tiempos por griegos y fenicios. En nuestra península Roma hizo de una serie de tribus extendidas por la piel de toro, una entidad, una sola Hispania, diversa pero romana. Eterna.

En el norte de Hispania hay estupendos restos románicos y góticos. En el sur, andalusí. En levante, cartaginenses, en Portugal... portu-
guese-

ses. Pero restos romanos los hay en todas partes, en cada rincón de nuestra Hispania: en el oeste Conímbriga, en el norte Oiasso (Irún) o Gijón, en el sur, Itálica, Cádiz... en el este, qué decir, desde Tarraco a Cartagena... en el interior, Mérida es nuestra pequeña Roma; y además encontramos en cada rincón de nuestra geografía patrimonio romano suficiente como para poder recuperarlo y ponerlo en valor rentabilizando nuestra cultura, nuestro legado artístico. Una vez demos a conocer nuestro pasado, eso de «la España vaciada» será un mal recuerdo. Este es un camino que debemos comenzar a recorrer. En él encontraremos todo lo necesario para conocernos realmente, para saber quiénes somos. Como dijo don Miguel de Cervantes: «No hay ningún camino que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad».

Lo primero que necesitamos, por empezar por algún sitio, es darnos cuenta de lo romanos que somos, y aunque estemos un poco locos, recordar a aquellos, romanos como nosotros, que tienen fama y gloria eternas. Son amigos, vecinos y ejemplos históricos, aunque a veces no los conocemos tanto como deberíamos y por eso no sabemos lo parecidos que somos a ellos. No somos tan modernos.

Ya que vamos a repasar la lista de nuestros héroes, desconocidos o conocidos, podemos aprovechar para visitar con ellos algunos rincones muy romanos de nuestra Hispania, que también merecen ser revisitados de tanto en cuanto.

Alguien dijo: «Cualquier libro te enseñará al menos una lección, aunque esta sea simplemente que te has equivocado al elegir libro». Espero y confío en que este no sea el caso. Creo que has acertado, romano.

Que el viaje nos sea propicio.

Bienvenido, querido lector.

PACO ÁLVAREZ

Matrice, MMXXI



I

HISPANIA, EN EL FIN DEL MUNDO



Iberia se parece a una piel de toro, tendida en sentido de su longitud de occidente a oriente, de modo que la parte delantera mire a oriente y en sentido de su anchura del septentrión al mediodía.

ESTRABÓN, siglo I

Algunos opinamos que, en esta vieja y rezurcida piel de toro, el número de hijos de puta por metro cuadrado es superior al de otros países de parecidas latitudes o longitudes.

ARTURO PÉREZ REVERTE, siglo XXI

Mientras que por oriente y por el noreste en tiempos romanos se desconocía hasta dónde había tierras o quién las habitaba, en el oeste estaba todo clarito. La tierra se acababa, esto es todo, amigos, en Finisterre (Finis-Terrae) por el noroeste y un poco más allá de las columnas de Hércules por la parte sur de esta nuestra península. No hay nada más allá: *non plus ultra*, como dijo el semidiós Hércules. Hispania es el extremo occidental, la Extremadura. A lo mejor por eso, fuimos para Roma un poco como el escenario en vivo de sus «películas del oeste». Aquí había tribus salvajes, oro, leyendas, aventuras...

Vinieron por el este unas naves desde Roma y desembarcaron en Ampurias, allá por el 218 a. C. más menos. Desde entonces hasta el año 19 a. C., durante más de 200 años, estuvimos intermitentemen-

te en guerra o más bien en guerras, con los romanos. Eso sí, al día siguiente de la Pax Hispánica ya éramos más romanos que la misma loba capitolina. No es por nada que el mismísimo historiador Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.) llegaría a decir de nuestra tierra: «La primera en ser invadida y la última en ser conquistada». En la Bética, en el sur de Hispania, desde hacía años ya no se hablaba nada más que latín (aunque dicen que con acento). Ya en el siglo I lo comentaba Estrabón (64 a. C.- 24 d. C.).

Los que viven a orillas del Betis se han adaptado completamente al modo de vida romano e incluso han olvidado su propia lengua. La mayoría de ellos han llegado a ser latinos y han recibido colonos romanos, por lo que no están lejos de ser todos romanos.

Es decir, que en el siglo I ya estábamos cerca todos de ser romanos, como de hecho lo somos desde entonces. Antes de que terminara ese siglo primero de nuestra era, en el año 74, Vespasiano había concedido a todos los habitantes libres de Hispania el *ius latii*, o derecho latino, que era el estatus inmediato anterior a la ciudadanía romana. Latino quiere decir del Lacio, la región de Italia donde está Roma, así que desde el 74 de nuestra era, éramos iguales que los italianos del Lacio en cuanto a derechos. Pero yo aún diría más, para entonces había ya un montón de ciudades en Hispania cuyos habitantes eran todos ciudadanos romanos, y pronto todas las personas libres de Hispania y luego del imperio, serían *Cives Romanus*, ciudadanos de pleno derecho.

Los casi 700 años, siete siglos, que van desde el desembarco de Escipión en el año 218 a. C. hasta la caída del Imperio de Occidente en 476, incluso si queremos extendernos más allá, otros 150 años, hasta el año 625, cuando los bizantinos abandonaron Hispania, muestran que nuestra tierra tuvo relación con Roma durante más siglos que con nadie, incluidos los sarracenos, lo cual tampoco nos ha de extrañar ya que nuestra civilización es muchísimo más romana que coránica, como se observa a simple vista y sin rascar mucho. Es decir, que los hispanos fuimos romanos del todo durante un montón de siglos.

La historia de Hispania no empieza con los árabes, ni somos herederos ni descendientes de al-Ándalus, porque entonces Ispanya ya tenía muchísimos siglos de historia y también por la sencilla razón de que el Corán prohíbe los matrimonios mixtos, especialmente entre musulmana y cristiano, lo cual redujo sobremedida el mestizaje durante la Reconquista, mestizaje que sí ejercieron a mansalva los romanos. Tenemos muchas y buenas herencias andalusí, pero somos bastante más romanos que moros y basta con mirar a nuestro alrededor. Somos, mal que les pese a algunos enemigos históricos de los hispanos y también a Washington Irving y sus cuentos, muy occidentales. Los más occidentales del viejo mundo, puestos a ello.

En nuestro suelo, entonces ya visitado por fenicios, griegos, iberos (incluidos los vascones, que no está claro que no lo sean) y celtas, se fundó en el año 206 a. C. la primera ciudad romana fuera de Italia, Itálica. Carteia, asentamiento libre cercano a Cádiz, fue también la primera «colonia» latina fundada fuera de Italia. Esta se edificó en el año 171 a. C., precisamente para asentar a hijos de legionarios con nativas, dando origen jurídico e histórico al mestizaje que conforma nuestra rica sangre y nuestro ADN, mixto como los sándwiches ricos.

Desde los primeros contactos entre los romanos y los nativos, ya suenan nombres de hispanos en las crónicas romanas, como Alucio, de quien hablaremos más, y muchos otros, unos más conocidos, algunos famosos, normalmente más familiares y conocidos fuera de Hispania que en nuestra tierra. Tal vez, del mismo modo que hemos olvidado y dejado bajo tierra gran parte de nuestro patrimonio romano y desdeñamos lo rentable que podría ser su explotación, hay desde hace siglos fuerzas (oscuras) que procuran que olvidemos las gestas de los españoles que nos precedieron. No hay otra explicación de que, por ejemplo, Egeria, que sepamos la primera escritora nacida en nuestra tierra, o el obispo Osio, quien escribió el Credo, sean totalmente desconocidos para los romanos que hoy habitamos la piel de toro.

En fin, espero que este libro, querido lector, te dé a conocer al menos los nombres y algunas curiosidades sobre los romanos de aquí que nos precedieron, y que de ahora en adelante decidas gritar alto sus nombres e investigar más sobre cada uno de ellos, que se merecen al

menos, una serie en Netflix, una calle en su pueblo, un monumento en la capi y colegios con su nombre. Mejor nos iría con más nombres de colegios en honor de romanos de Hispania y menos con nombres de políticos de m...

Volviendo a nuestra tierra del fin del mundo, era tan mística y legendaria que al principio los geógrafos pensaban que los Pirineos se extendían de sur a norte, con lo que Galicia estaría un poco al norte de Asturias y el río Ebro iría desde el Mediterráneo hacia el noroeste. Todo un poco torcido. Poco a poco las exploraciones corrigieron los errores a base de patearse los sitios y ya en tiempos de Estrabón los exploradores sabían más o menos cómo era nuestra península. En su *Geografía*, cuyo tercer libro está dedicado a nuestra tierra, Estrabón dice:

Los romanos han designado a la región entera indiferentemente con los nombres de Iberia e Hispania, y a sus partes las han llamado Ulterior y Citerior.

Citerior quiere decir cercana y ulterior lejana, llamándose de la primera manera la parte de nuestra península más cercana a Roma y consecuentemente Ulterior la más lejana y legendaria, la más bárbara y salvaje. Había en ella incluso algún río que se confundió con alguno de los del Hades, como el Leto, que borraba la memoria de quien lo cruzase. Ese río infernal fue confundido por los exploradores romanos con el Limia, en Galicia. Todavía en el 137 a. C. según nos cuenta Tito Livio, un ejército romano se negó a cruzar por miedo a perder la memoria. Lo vadeó su general, Décimo Junio Bruto, con el estandarte, y desde la otra orilla llamó a sus legionarios por el nombre de cada uno, demostrándoles que no había perdido la memoria. Los romanos cruzaron el río y avanzaron hasta la orilla del Atlántico, donde les dio un nuevo ataque de pánico al ver el sol sumergirse en el océano del fin del mundo y decidieron que casi mejor se volvían a tierras menos legendarias, como nos cuentan los epítomes de Livio:

Décimo Bruto, recorrida toda la costa del Océano como vencedor, un poco más allá de los célticos y lusitanos y los pueblos de toda Ga-

llaecia, y el río del Olvido, pánico de los soldados, no retiró sus estandartes antes de descubrir, no sin cierto miedo y horror de sacrilegio, el sol que cae en el mar y el fuego surgido del agua.

En el concejo de Ginzo de Limia se viene celebrando en agosto, desde hace veinte años, la «Festa do Esquecemento» o fiesta del olvido, en la que se rememora el cruce del río por parte de los romanos. Preciosa fiesta y preciosa manera de recordar nuestro patrimonio. Si tienes oportunidad, querido lector, no te la pierdas. De este río, en otra ocasión en que Hispania estuvo unida, el poeta portugués Diogo Bernardes (1530-1605), dijo en 1596:

O rio que verás tao sossegado
que te parecerá que se arrepende
de levar agoa doce a o mar salgado.

A lo largo de los siglos las provincias que conformaban Hispania se hicieron más reales y menos mitológicas. Fueron cambiando de nombres y de demarcaciones, pero Hispania siempre se llamó Hispania. La primera mención escrita que se ha conservado del nombre de nuestra tierra en latín es de un poema del latino Quinto Ennio, en torno al 200 a. C. En Ugarit, se conserva una «tablilla» de hace 3.000 años mal contados, con el nombre Yspnua. Es decir, que nuestro nombre es como que un poco bastante antiguo.

Tradicionalmente se dice que Iberia era como los griegos llamaban a esta tierra y por lo tanto llamaban iberos a sus habitantes. Hispania sería el nombre latino escuchado por los legionarios en sus encuentros con los cartagineses en la segunda guerra mundial púnica. Ispanya sería el nombre de nuestra tierra en púnico. Curiosamente, Iberia quedó como denominación geográfica de la península (y de las líneas aéreas) e Hispania se usó más como denominación política. Incluso tras el surgimiento de Portugal como reino independiente, en 1143, Hispania equivalía a toda la Península Ibérica. Todavía en 1714, Felipe V recibió una amonestación del monarca portugués diciéndole que «no debía intitularse rey de España pues no lo era de Portugal». Por cierto

que Portugal debe su nombre también a Roma, ya que en la época de nuestros abuelos romanos Oporto se llamaba Porto Cale y parece que desde ahí evolucionó el nombre de nuestro vecino y hermano país, tan romano e Hispano como nosotros.

Entre los primeros en intentar definirnos a los hispanos está el historiador galorromano Pompeyo Trogo, del siglo I a. C. quien dijo de nosotros:

Los hispanos tienen preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga, y el ánimo para la muerte (...) en todos los siglos de guerras con Roma, solo destacó entre ellos como capitán Viriato, hombre de tal virtud y continencia que, a pesar de vencer a los ejércitos romanos durante diez años, nunca quiso en su forma de vida distinguirse de cualquier soldado de su ejército.

Viriato fue asesinado y traicionado por sus lugartenientes, que gente mala hay en todas partes. De entonces viene la frase «Roma no paga a traidores», *Roma traditoribus non praemiat*. Viriato era lusitano y por lo tanto hispano, sin importar si vio la luz a este o al otro lado del Guadiana. En nuestra historia, los héroes y las derrotas son de todos los hispanos.

Como dijimos, querido lector, tras tanta guerra vino la paz. Una paz tan pacífica que durante siglos en Hispania parece que solo quedó asentada una legión, concretamente la VII Gémina, en la actual León, vigilando todavía a los cántabros y astures, que habían sido los últimos en ser «pacificados». Al contrario de lo que suele pensarse, los vascones no es que sobrevivieran culturalmente a la romanización por un supuesto aislamiento, sino todo lo contrario. Fueron amigos de los romanos desde el minuto uno. Se documentan más de 200 asentamientos romanos catalogados en la zona del moderno País Vasco, muchos todavía sin estudiar en profundidad. Si el idioma vascón y su cultura pervivieron fue porque desde el principio los vascones se aliaron con los romanos en sus guerras contra los celtíberos. El supuesto aislamiento irredento nunca existió en Vasconia. En cambio, lápidas de legionarios encontradas en las cercanías de lugares tan lejanos como Londinium, atestiguan por los nombres vascos grabados en ellas, hasta dónde llega-

ron algunos vascones hispanos en su colaboración con Roma, alistados seguramente como auxiliares de las legiones, dándose un garbeo por los confines del mundo a ver cómo era aquello y si había sidrerías por allí (chuletas como en casa, no saben hacer, eh).

Tampoco en Gallaecia dejaron de romanizarse las gentes, como prueba la resistencia y pervivencia de lo romano incluso siglos después, cuando el territorio ya estaba ocupado por los bárbaros suevos. En época romana las tierras gallegas se dividieron en tres *conventus*: *Lucus Augusti* (Lugo, el lugar de la única muralla romana completa conservada en el mundo), *Bracara Augusta* (Braga) y *Asturica Augusta* (Astorga). Tras la reforma del emperador Diocleciano (244-311) en el año 298, la región pasó a llamarse casualmente *Gallaecia*. Y si, ya tenían el mejor marisco y el mejor pulpo del mundo, regados por caldos de vides plantadas por romano-gallegos.

Ni la actual Cataluña ni el País Vasco conformaron provincias o demarcaciones autónomas durante la romanización (bueno, ni después). La provincia *Tarraconensis*, o mejor dicho *Hispania Citerior* *Tarraconensis*, con capital en la actual Tarragona y creada en 27 a. C. englobaba todo el norte de Hispania hasta los Pirineos, y hasta Santander en el Atlántico. Hasta el sur no está muy claro su límite, pero se supone que seguiría una línea ascendente desde Sagunto, en el Mediterráneo, hasta Oporto en el oeste. Puede que hasta Toledo fuera parte de esta provincia, la más grande (y bonita) del imperio.

Lo que quiero señalar con estas acotaciones es que no hubo diferencias entre las partes de Hispania, más allá de las que marca la geografía, para la romanización homogénea, cohesionada y completa de nuestra tierra sagrada. Todos somos romanos. Por eso estamos todos un poco locos. Evidentemente, estoy simplificando. Las guerras y los ritmos de romanización variaron, pero, por ejemplo, cuando llegaron los bárbaros en el siglo V, nos consideraban a todos romanos y todos nosotros nos considerábamos también así. Romanos de Hispania, romanos de aquí.

Los romanos fundaron en Hispania más de 180 ciudades, sin contar pequeños asentamientos y villas. Hoy no todas siguen habitadas y de otras se desconoce aún su ubicación, pero algunas cuya romanidad

no estaba demostrada, como es el caso de Madrid (¿Matrice?), parece que albergan en su seno restos romanos de interés, como iremos viendo con los años en las excavaciones de Carabanchel, Casa de Campo, Villaverde...

También hay ciudades cuya ubicación se conoce y cuyo contorno, incluso con vestigios tan importantes como un teatro, sigue enterrado, a pesar del impulso que su redescubrimiento y puesta en valor daría a la zona. Hay muchos ejemplos, pero por mencionar uno citaremos las ruinas de Sisapo, en las cercanías de Almodóvar del Campo, Ciudad Real. Serían un parque arqueológico por lo menos tan importante como Segóbriga, si las autoridades dedicaran los recursos que nuestro patrimonio merece, para ponerlo en valor en vez de a construir aeropuertos, como se hizo en esa zona cuando el dinero era dilapidado a espaldas por nuestros insignes politicuchos (bueno, por algunos. Por la mayoría).

España es el segundo o tercer país del mundo en cuanto a patrimonio histórico, pero el peso del patrimonio histórico en el PIB español es inferior al 3 por ciento. Mientras tanto, el interior se vacía, el turismo se embrutece con alcohol y *balconing* y los políticos hablan y hablan, pero no ponen los medios para que España en unos años, en vez de ser Magaluf, sea un lugar único en el mundo donde estudiar, por ejemplo, la romanización.

Todas esas ciudades, conocidas o no, se creaban a imagen y semejanza de Roma y todas las vías que vertebraban nuestro paisaje, terminaban llevando a Roma, como dijo Cicerón (106-43 a. C.) en este párrafo que resume magistralmente lo que es la romanización:

Habiendo desde todas las ciudades algún camino para llegar a la nuestra y pudiendo ir a todas ellas nuestros conciudadanos, creo que cuanto más unida esté una ciudad con la nuestra por amistad, alianza, pacto o federación, más merecedora es de compartir nuestros privilegios, nuestras recompensas y el derecho de ciudadanía romana.

Esas ciudades y nuestra Hispania parece que vivieron en absoluta paz desde la época de Augusto hasta el siglo IV o V, ya que la Historia

no habla mucho de nosotros ni menciona sucesos importantes acaecidos aquí. Pero sí que nos habla, y muy alto, de personas nacidas en nuestra tierra, de hispanos que fueron conocidos en todo el mundo romano, lo que es decir, en todo el mundo; personas como el poeta Marcial, de Bilibis (Calatayud), que en un epigrama introduce la siguiente frase, como prueba de su propia fama:

¿No eres tú, sí, tú, ese Marcial cuyas maldades y chanzas las conoce cualquiera, con tal de que no tenga oreja bárbara?

Este libro va de que conozcamos nuestra vieja y querida Hispania y los romanos de pro que aquí nacieron para honra y prez del mundo. Creo que son buena compañía, de lectura y de vida. Seguro que aprendemos algo de ellos.

A lo mejor somos tan romanos precisamente porque estuvimos tantos años peleándonos con los romanos, hasta que ellos se convirtieron en nosotros y nosotros en ellos. Hemos hablado de los soldados vascos en Londres, pero también hubo cohortes de astures en lugares tan lejanos como la actual Bonn, en Germania, donde se conserva la lápida de un tal Pintaius, *aquilifer* (portador del águila de su legión), asturiano de aldea (y no sabemos si también gaiteru) que fue también tan romano como para tener ese honor.

El propio Augusto compuso su guardia personal con guerreros hispanos, más concretamente celtíberos. Según Suetonio, solo con hombres procedentes de Calagurris (Calahorra). No debe extrañarnos, soldados hispanos, muchas veces encuadrados en cohortes y unidades hispanas, como hemos comentado, querido lector, hubo en todos los límites y confines del imperio. Nota aparte merecen los honderos baleares, mencionados desde el siglo v a. C. Salustio los nombra combatiendo junto a los romanos en las guerras africanas del siglo II a. C. contra Yugurta, y sobre su habilidad tenemos también conocimiento por la pluma de Diodoro Sículo, Estrabón, Lucio Anneo Floro, Tito Livio, Ovidio, Polibio y Virgilio. El César Julio los utilizará también en la guerra de las Galias, tal y como comenta él mismo en su libro, quinientos años después de que los baleares tiraran la primera piedra.

Por cierto, que la guerra de las Galias duró 10 años, en comparación con las nuestras que duraron esos tan mentados doscientos años. Lo digo para comparar una gesta con la otra, teniendo en cuenta que nuestro país es bastante más pequeño que la Galia. La ciudad de Numancia resistió a los ejércitos romanos 20 años, el doble de lo que costó la conquista de toda la Galia. Siempre lo digo, Astérix me encanta, pero es ficción. Los irreductibles éramos nosotros, los romanos somos también nosotros y sí, también estamos locos.

Estrabón, de nuevo, nos habla de lo pronto que aceptamos que éramos romanos:

Se llama togados a todos los iberos que han aceptado este régimen de vida; incluso los celtíberos se incluyen entre ellos en la actualidad, a pesar de haber tenido fama de ser los más feroces en tiempos pasados.

Es decir, que todo el mundo prefirió ser romano a volver a pasar frío al *oppidum*, donde además no había letrinas, ni teatro, ni wifi, ni nada. En plena guerra celtíbera, por ejemplo, se puso de moda beber vino en copas de cerámica negra italiana, e incluso hubo talleres locales que las fabricaban. Nos matábamos cada día luchando contra ellos, pero ya nos molaba el *romano way of life*, igual que la gente llevaba puestos Levis en las manis contra las bases americanas en los ochenta, y gritaba: *Romani ite domun, digo yankees go home*.

Fuimos el «Oeste» de Roma. La tierra de sus westerns. Su El Dorado... aquí sus soldados, o caían víctimas de nuestros guerrilleros o caían enamorados encontrando esposas entre las mujeres hispanas. Aquí estaban también los salvajes lusitanos, los sanguinarios astures, los bárbaros cántabros, tribus más guerreras que los apaches y con bisontes y todo (vid. Altamira).

Aquí estaban el oro y la plata. Todo el oro y toda la plata. Se calcula que en el siglo II a. C. las minas hispanas ya producían alrededor de 9 millones de denarios (unos 6.000 millones de euros) anualmente, y eso era mogollón de años antes de que se horadase el primer túnel en las Médulas (León), de donde salieron toneladas y toneladas de oro. Tanto, que la contaminación resultante tuvo repercusiones en todo el

planeta y que todavía podemos rastrear sus huellas en sitios tan lejanos como los hielos del norte.

En Groenlandia, en los estratos de hielo correspondientes a los tres primeros siglos de nuestra era, se observan concentraciones de plomo que no se repetirán en esas cantidades hasta el siglo XIX y la revolución industrial. Este hecho se explica por la cantidad de gases tóxicos emitidos a la atmósfera durante los trabajos de minería en la Hispania del alto Imperio romano.

El oro, la plata y las minas eran muestra de nuestra riqueza. Hay quien dice por ello que fuimos la América o las Indias de Roma. Puede ser cierto en parte, pero lo que fuimos, con total seguridad, es la Roma de América. Llevamos Roma al otro lado del mundo, creando romanos de segunda generación. Romanos como noi.

Hacia el año 1600 España había creado 40 universidades, de las cuales siete ya estaban en América, abiertas a toda la población. En ese mismo año, en Inglaterra había tres universidades y en la civilizada Suecia, una. Los españoles que fueron a las Indias, además de hambre, llevaban en la mochila el derecho romano. En unos sitios donde a la gente se le abría el pecho en la plaza para arrancarles el corazón palpitante como si tal cosa, nosotros llevamos la presunción de inocencia y la igualdad ante la ley. Incluso desarrollamos los «derechos de indias»: nuestras leyes consideraban como personas iguales y con los mismos derechos a los habitantes de México y a los de Segovia.

Los que habéis leído *Somos Romanos* y *Estamos locos estos Romanos* (el resto no sé a qué esperáis) sabéis de qué hablo. Cuando llevamos el derecho a América, a América Latina, precisamente, hicimos romanos como nosotros a las personas con las que allí nos mezclamos y con las que convivimos siglos. El Imperio español, además de ser enorme, duró más que ningún imperio multicontinental. ¿Los ingleses nos igualaron? Ni en broma. Desde que en 1876 la reina Victoria se intituló Emperatriz de la India hasta la independencia de ese país pasaron... la friolera de 70 miserables años. Desde el desembarco de Colón hasta la pérdida de Cuba, 406 años. Las pequeñas y puritanas colonias inglesas en América, fueron fundadas en 1620 y ciento y pico años después ya se separaban, hartas de insípido té de su metrópoli.

En la hazaña de América Latina, los españoles incorporamos un continente entero a la romanidad. Basta ver el trazado cuadrangular de las fundaciones urbanas españolas, como Lima, Cartagena, Veracruz, México, La Habana, luego copiado, por ejemplo, en la malla cuadrangular de Manhattan, para comprobar nuestra huella romana. Este plan urbanístico hispano copia el plano de los campamentos romanos y de la ciudad idealmente planificada, tal como fue diseñada por el arquitecto Hipódamo de Mileto (498-408 a. C.). Todas las ciudades, igual que el acueducto de Morelos, de Querétaro y otros muchos monumentos útiles, son la versión española de la ingeniería romana en América. Pero no llevamos solo el foro, la ciudad y los caminos; construimos hospitales para todos, nacidos aquí o allá... en la Lima colonial había una cama para cada 100 habitantes, como se ha visto recientemente, una ratio mejor que la de 2021 en Los Ángeles, California. Para que se construyeran hospitales en América, los reyes católicos, ya en el siglo xv habían ordenado: «Haga en las poblaciones donde fuera necesario casa para hospitales en que se acojan y curen los cristianos así como los indios». Ojo, en esa frase no se hace una distinción de raza, sino de creencia, y aun así, dice que se atienda por igual a los no cristianos, para que luego se diga que éramos de aquella manera.

En la América sajona, ¿había hospitales donde se atendía a indios y cristianos? Ciencia ficción. ¿Universidades para mestizos? ¿Para nativos de las colonias? En ninguna colonia inglesa ni holandesa los hubo hasta bien entrado el siglo xix. En México, no casualmente llamado Nueva España, en el siglo xvi. El primer libro impreso en la imprenta de México, por cierto la primera del continente, fue un catecismo precisamente bilingüe español/mexica impreso en 1539. También en el Perú, el primer libro impreso fue un catecismo español/ quechua/ aymara. En cambio, los bárbaros del norte, que nos acusan de haber acabado con las culturas prehispánicas, nunca imprimieron ni una página en ninguna lengua indígena. Tampoco mezclaron su sangre con la de los nativos. Simplemente porque los del norte son más bárbaros, menos romanos. Aunque les jorobe, ahí están las

«reservas» de indios en el norte, mientras que la población sigue siendo nativa o mestiza en el sur.

Según el historiador americano Charles F. Lummis, citado por María Elvira Roca Barea: «La exploración de las Américas por los españoles fue la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia». Según el historiador francés del siglo XIX, Hippolyte Taine: «Hay un momento supremo en la especie humana: la España desde 1500 a 1700». Según muchos payasos hoy en día, fuimos unos genocidas. Si en vez de callarnos les enseñamos cuál es la verdad, nos irá mejor.

Sin duda hacer del mundo una tierra redonda y completita, con sus cinco continentes, fue nuestra mayor gesta. Dijimos que se podía ir al este por el oeste y (¿cómo que no? Sujétame el cubata) lo demostramos. Las columnas de nuestro escudo, como sabes, querido lector, son las columnas de Hércules, que el semidiós situó en los dos lados del Estrecho con la leyenda escrita *non plus ultra* (no hay nada más allá). Nosotros tachamos el *non* y dejamos la frase *plus ultra*, más allá, porque le regalamos un continente, un mundo nuevo, a la tierra antigua. Demostramos que sí que había algo más allá. ¿Algún otro país puede presumir de haber descubierto un mundo nuevo?

Volviendo a la Hispania romana, nuestra riqueza no era solo mineral. Nuestra geografía y nuestro clima ya eran considerados privilegiados en la época clásica. Al respecto, Estrabón dijo:

La pureza del aire y la dulce influencia del céfiro son, en efecto, caracteres propios de Iberia que, vuelta por completo al lado del Occidente, posee un clima verdaderamente templado.

Virgilio (70-19 a. C.), en *La Eneida* (III), dijo sobre Hispania:

Tú, fertilísima en pastos, ni ambicionas los prados de Etruria, ni te admiras, pletórica en palmas, de las arboledas de Molorco.

Y por poner solo otro ejemplo, Justino, en el siglo III dijo también sobre nuestro clima:

No es como África, que se abrasa con la violencia del sol, ni a la manera de la Galia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra. Te hayas situada en la región más grata del mundo, ni te abrasas en el ardor tropical del sol, ni te entumescen rigores glaciales, sino que, ceñida por templada zona del cielo, te nutres de felices y blandos céfiros.

Ese clima favorecía nuestra agricultura, especialmente la conformada por aquello que ahora llamamos la «tríada mediterránea»: trigo, olivo y vid.

No fuimos siempre el granero de trigo, como lo fueron otras provincias, pero está documentado que en algunas ocasiones primitivas en las que hubo escasez en Roma, nuestro grano cruzó el mar en barcos para ayudar a los romanos de Roma, como nos cuenta el mismísimo Cicerón:

Han sido testigos de la fidelidad de estos aliados algunos generales nuestros. Y en estos tiempos puede atestiguarlo el mismo pueblo romano, al cual han suministrado trigo en una carestía, como lo han hecho otras muchas veces.

El olivo era conocido en Hispania mucho antes de la llegada de los romanos. Ellos lo que hicieron fue convertir los olivos silvestres y las granjas y molinos de aceite en una industria que en breve transformó a nuestra tierra en el principal productor y exportador de aceite de oliva del mundo, como todavía lo somos, porque somos romanos y porque nuestro AOVE sigue siendo el mejor del mundo. Nadie sabe hacerlo como nosotros. Nadie lo madura como nuestro sol.

Testigo eterno del gusto romano por nuestro aceite es el tantas veces mencionado monte Testaccio, hoy un parque conformado por una colina en Roma. El volumen de esta colina artificial es de unos 550.000 metros cúbicos y equivale a una masa de 742.500.000 kilos (según José A. Nieto Sánchez). La colina se hizo a partir del amontonamiento de los restos de aproximadamente 25 millones de ánforas de aceite. Fue vertedero de estos envases desde el siglo I a. C. hasta por lo

menos el año 270 de nuestra era. Tiene una base de unos 20.000 metros cuadrados y alcanza más de 35 metros de altura, como un edificio de 12 pisos. El análisis de los trozos de ánforas ha demostrado que más del 85 por ciento corresponde a piezas transportadas desde Hispania.

El aceite hispano se utilizaba en la alimentación, pero también en la higiene, en el deporte, como perfume, en la iluminación, como combustible (a veces perfumado) de las lámparas e incluso en medicina. Obviamente, el mejor aceite se utilizaba en la elaboración de perfumes o para ofrendas religiosas. Lo obtenían de aceitunas verdes cosechadas en septiembre y lo llamaban *oleum omphacium*.

En gastronomía, utilizaban el *oleum viride*, ya cosechado en su sazón. Este tipo de aceite, según su prensado, igual que hacemos todavía hoy, se subdividía en distintas calidades; la primera prensa, equivalente a nuestro aceite de oliva virgen extra, se llamaba *oleum flos* (sí, flos, lo juro). Si el aceite era de una segunda prensada se llamaba *oleum sequens* y el de tercera era conocido como *oleum cibarium*.

El aceite era tan importante para nuestros abuelos romanos, que el muy sabio Plinio el Viejo (23–79) dejó escrito al respecto:

Hay dos líquidos que son especialmente agradables para el cuerpo humano: el vino por dentro y el aceite por fuera. Ambos son los productos más excelentes de los árboles, pero el aceite es una necesidad absoluta, y no ha errado el hombre en dedicar sus esfuerzos a obtenerlo.

Y ya que lo menciona el sabio, hablemos del vino, que *in vino veritas*, y como dijo Horacio (65–8 a. C.), *calices quem non fecere disertum*, es decir, ¿a quién las copas no hacen locuaz?...

El arte del vino no se sabe si fue introducido en Hispania por los fenicios o por los griegos, si bien se conservan restos de vides muy anteriores a la visita de esos pueblos a nuestras costas. El vino de Ceret (Jerez) era conocido desde el siglo III a. C. y se han encontrado ánforas con la inscripción «vino de Cádiz» (bueno, en latín: *vinum gaditanum*) y también ánforas etiquetadas como *vinum ceretanum*, es decir, vino de Jerez. Lo de que inventaran el rebujito no está tan claro, en cambio. El

vino que se producía en la Bética, en las orillas del Guadalquivir, era famoso desde siempre. Como ocurrió con el olivo, los romanos industrializaron su agricultura y crearon una red comercial que hizo del vino de aquí un bien tanpreciado como el oro. Incluso plantaron vides de Falerno, la especie de uva favorita para ellos, también en la Bética. En la Tarraconense plantaron las primeras viñas destinadas a hacer, si no cava, un buen vino de Cataluña. También en La Rioja, la ribera de Duero e incluso en Galicia, donde el famoso ribeiro es, como se sabe, de origen romano, convirtieron en arte la crianza en todos los sentidos, de la uva y el buen vino.

Según la Wikipedia, el vino hispano llegó a Burdeos antes de que allí hubiera una vid y las que se plantaron, de la especie balisca, fueron llevadas precisamente por nosotros los romanos desde La Rioja para su adaptación al área de Burdeos, en una Galia ya romana. Restos de ánforas de vino hispano han aparecido en Gran Bretaña o en la frontera germana del imperio, como ejemplo de lo extenso de la red comercial romana, pero las vides españolas llegaron más lejos con el tiempo y, posiblemente, salvaron al vino de desaparecer en el mundo.

En Argentina, Chile, México, California... por toda la América hispana, nuestros abuelos llevaron y plantaron vides, traídas desde nuestra vieja Europa. Parece ser que fue el mismísimo Hernán Cortés quien ordenó que se llevaran y plantaran las primeras vides en América, tan pronto como allá por 1525.

Siglos después, a partir de 1863, en toda Europa, partiendo seguramente desde Francia, se extendió una terrible plaga que acabó con todas las vides: la filoxera. En el país vecino y luego en el nuestro, en el Duero portugués, en Italia, en Austria... incluso en Australia las vides morían por el efecto de este insecto, originario de la costa este norteamericana. Solo quedaron a salvo las vides de algunas zonas americanas muy alejadas, como Argentina o Chile, en el fin del mundo, casi.

Precisamente de América Latina vino la solución. Las nietas de las vides plantadas por los españoles se trasplantaron de vuelta a Europa y en la actualidad todas las vides del mundo descienden de ellas, así que la siguiente vez que tomes un vino, acuérdate de lo importante que ha sido para la historia del mundo su aclimatación en Hispania y que nos

gustase tanto que lo llevamos al mundo nuevo que descubrimos, en cuanto tuvimos oportunidad. De no ser por Roma y de no ser por nuestros ancestros que lo replantaron en la Nueva España, ya no habría vino en el mundo. Tal cual te lo digo.

Las industrias del vino y del aceite requerían otras industrias paralelas, la construcción de vías y carreteras, por supuesto, pero también los lagares, molinos aceiteros y una gran factoría de cerámica junto a cada bodega. Se sabe que algunas buenas ánforas de excelentes cosechas las conservaban selladas sus dueños hasta 20 años. Curiosamente, los barriles o barricas de madera fueron un invento galo, que aprehendido por los romanos también impulsó, y de qué manera, la industria vitivinícola. La expresión que dice «a ojo de buen cubero» tiene su origen precisamente, querido lector, en que los barriles o cubas de vino, las fabricaban a ojo artesanos muy especializados. De esto de cosechar vides, sabía mucho Lucio Junio Moderado Columela (4-70), gaditano, autor de los libros más importantes sobre agricultura que nos hayan llegado desde la Antigüedad. En su *De Arboribus*, trata precisamente sobre los cultivos arbóreos, incluyendo la vid, pero ya hablaremos de Columela más adelante.

Parece que parte del acento hispano al hablar latín consistía en que pronunciábamos igual la «b» y la «u ut be» o u haciendo de b, que es nuestra moderna «uve», lo que explicaría el famoso juego de palabras latino:

BEATI HISPANI QUIBUS VIVERE BIBERE EST

Que quiere decir: felices los hispanos para quienes vivir es beber. Por desgracia no sabemos con exactitud cómo se pronunciaba ninguna de esas letras, así que nos quedaremos con que se nos consideraba un pueblo feliz, ya por entonces. Y con acento, como ahora, que los que pronunciamos la «ce» y la «zeta», que somos la inmensa minoría de los hispanohablantes, tenemos que acostumbrarnos a que los que tenemos acento somos nosotros, no los andaluces, extremeños, canarios ni por supuesto los hermanos de América Latina. En España no vive ni el 8 por ciento de los hispanoparlantes del mundo y no todos

los españoles hablamos con la ce y la zeta. Por cierto que aunque lo de «América Latina» fue un invento francés para, cómo no, minimizar nuestra importancia en la historia del mundo quitando lo de Hispanoamérica, pues como que da igual, al fin lo de latino es también romano, así que viva Latinoamérica, porque nosotros los hispanos somos también latinos. Latinos y romanos. No como los franceses, que el nombre de su país es el de una tribu germánica, los francos. Unos bárbaros.

Pero bueno, volvamos a la gastronomía. Aparte de estos productos conocidos y todavía en uso y disfrute de los hispanos y de todo el mundo, también se producían por aquí otros comestibles cuya composición exacta, exacta, desconocemos, pero que se exportaban con mucho éxito.

La otra exportación hispana más querida por los romanos de Roma era el *garum*.

El *garum* se obtenía dejando madurar al sol tripas y pescados, componiendo en su fermentación una especie de salsa que se añadía absolutamente a todo. Bueno, los que podían permitírselo, porque además de un poco asquerosa, así a ojo, desde nuestro moderno punto de vista, era carísima. Factorías de *garum* las había en todas nuestras costas y muchas se conservan, desde Cádiz hasta Menorca e incluso en Asturias y el País Vasco. Parece que era muy famoso el *garum* de Cartagena.

En fin, que nuestra piel de toro, extremo y fin del mundo, una vez «civilizada» y vertebrada por los caminos que la llevaban a Roma y que traían Roma hasta aquí, era una tierra feliz y bendecida por un clima benigno (salvo ciertas zonas donde aprieta el lorenzo en verano y el campo de Burgos en invierno), salpicada de vides, olivos, trigo y metales preciosos, que después de haber sido 200 años la pesadilla de los legionarios romanos durante las guerras hispanas —cuando, que te destinaran aquí era como ir al frente ruso en la Segunda Guerra Mundial—, se convirtió en el paraíso terrenal y detrás del oro, la plata, el vino o el *garum*, comenzamos a enviar a todo el orbe nuestro «singular gracejo», nuestra gente y nuestro arte. Militares, poetas, filósofos, emperadores fueron la principal exportación y aportación hispana a la primera romanización del mundo mundial.

Y cuando encontramos otro mundo más allá, *plus ultra*, sí, trajimos el oro y la plata, pero llevamos Roma a todos los confines del mundo, la dibujamos en el paisaje, en las ciudades que fundamos y en el derecho. Por eso Mérida, la ciudad fundada por Publio Carisio, siguiendo órdenes de Augusto, como Colonia Iulia Augusta Emerita, hoy da nombre a quince lugares en todo el mundo. Desde Dakota del Norte a Colombia y desde Filipinas, donde hay dos, hasta España. Toledo, Toletum, conquistada y reconstruida por Marco Fulvio Nobilior en 193 a. C., es también el nombre de cuarenta y tres ciudades en cuatro continentes (Incluyendo África) y siete países. Hay tres Toledos en Filipinas y once en Estados Unidos. También hay cuarenta y nueve ciudades en cuatro continentes que se llaman Zaragoza, como la colonia exenta de impuestos fundada por el César Augusto en 18 a. C., precisamente con el nombre de Caesaraugusta. Simples muestras de la manera en que nuestras ciudades, de nombre romano, fueron, junto con nuestro idioma romance, nuestra fe y el derecho romano, conceptos que traspasamos y trasladamos a todo el mundo. Al oeste.

Curiosamente, nuestra historia no nos ha sido enseñada como nos merecíamos. Demasiadas sombras, muchas de ellas inventadas y exageradas, han ocultado las luces de nuestros hispanos, que fueron tan excelentes en lo suyo, que superaron el tiempo y el espacio. Trajano, Adriano, Columela, Balbo, Marcial, Alucio, Egeria, Quintiliano... y también Francisco de Vitoria y el monje Francisco de Tembleque, constructor del primer acueducto «romano» en América, se merecen que demos un paseo por Hispania y de paso conozcamos algo de lo que les hace dignos y honrados hijos predilectos de nuestra antigua y sufrida piel de toro.

Acompáñame, querido lector, a nuestra Hispania y que el viaje nos haga a ambos más sabios. Como decía el también «romano» don Miguel de Cervantes: «El que anda mucho y lee mucho, ve mucho y sabe mucho».

Andemos, pues.